

corrimos todos estos santuarios erigidos en honor del que todo lo puede, y á quien todo es debido, halagándonos en extremo ver esa suntuosidad en los templos del Señor.

De la Magdalena, nos trasladaremos al Panteon nombrado hoy templo de Santa Genoveva y que merece sin duda fijar nuestra atencion.

Las muchas revoluciones de Francia, arrancaron repetidas veces esta iglesia á los católicos, estableciendo en ellas diversos cultos. Al fin, por un decreto de Diciembre de 1851 se restablecieron sus derechos de iglesia patrona de Paris, y volvió á consagrarse definitivamente, al único culto real y verdadero, al del Dios tres veces santo, al catolicismo á que antes habia pertenecido.

Esta Iglesia es una de las mejores que posee Paris; antes de penetrar en su interior, nos detendremos examinando su exterior. Sus 22 columnas, que sostienen un fronton sobre el cual David Dangers representó la patria, distribuyendo sus recompensas, al talento, al valor y á la virtud, son bellísimas; solo se reconoce un busto que es el del general Bonaparte ó de Napoleon I.

La cúpula, que domina á la vez el edificio y la ciudad por su elevacion, es un verdadero prodigio de atrevimiento. Se advirtió despues de la construccion que no habia quedado muy sólida, y

Suofflot, su ilustre arquitecto murió del pesar que esto le causara.

Despues se encontró un remedio fácil á la imperfeccion de su obra, y la cúpula ahora se haya sostenida por poderosos contrafuertes, por lo que no ha perdido nada de su belleza, y ha adquirido solidez. Gros ha pintado en la cúpula una apoteosis de Santa Genoveva que es una verdadera obra maestra.

Penetremos en el interior del espacioso templo que desde luego llama extraordinariamente la atencion, porque en el todo es arte, ingenio, talento. Las cuatro pinturas frescas, que decoran los ángulos bajo la cúpula, son de Geniard.

Los altares, los labrados del coro, y los demás ornamentos que tiene el templo, son obras de diversos artifices que á porfia trataron allí de hacer brillar su ingenio.

En 1848, esta iglesia fué maltratada por las balas y bombas que se arrojaban contra los pronunciados, que se habian fortificado en ella.

Uno de los templos que visitamos no solo una vez, sino muchas veces, porque en él oiamos la misa casi todos los domingos, era el de San Germán l'Auxerrois, construido bajo Felipe el hermoso en los primeros años del siglo XIV.

El vestíbulo que precede á la fachada es mucho mas reciente, y últimamente se ha decorado con pinturas arcaicas por Moter. El ángel del juicio, que corona el edificio es de Marcoretti. El interior, aunque algo sombrío, no deja por eso de ser hermoso, la reja del coro, las pilas de agua bendita están bien trabajadas, con esculturas que les dan buen aspecto.

La campana de San Germán l'Auxerrois fué la que dió la señal de la carnicería de San Bartolomé en la célebre noche del 24 de Agosto de 1572.

En 1831 el interior de esta iglesia fué saqueada; San German l'Auxerrois trasformado entonces en comisaría del barrio 46, fué desde luego restituido al culto en el año de 1838.

La iglesia de San Roque se halla situada en la calle de Saint Honoré; aunque en 1653 fué cuando se puso la primera piedra para su construcción, ésta no se llevó á efecto sino hasta 1712, durante la regencia del duque de Orleans.

El financiero Law dió el dinero necesario para concluir la. Se construyó segun el dibujo de Roberto de Cotte. Los oficios divinos se celebran con una pompa extraordinaria en este templo, que por cierto es una de las parroquias

mas ricas de Paris. Lo que en él mas llama la atencion es el púlpito; algunos cuadros muy buenos, la tumba del Cardenal Dúbois, el Busto de Mignard, otro de Le Notre, y los sepulcros de Pedro Córneille, de la señora Deshoulieres, del Presidente Henault y del Abate l'Epeé.

San Vicente de Paul comenzado en el año de 1824 por Leperé y concluido por Hitorf es muy hermoso; un anfiteatro de escalones de piedra conduce de la plazade La-Fayette hasta el pórtico de este templo, adornado de hermosos bajos relieves, y de dos torres cuadradas. La pintura exterior representa á la Santísima Ttrinidad. El interior se halla decorado con gran riqueza; las pinturas de que están cubiertos los muros, son de Flandrin y Picot; el hermoso calvario en bronce que se halla colocado sobre el altar mayor, es obra de Rude. Los trabajos en madera del coro y las vidrieras del mariscal de Metz son dignas de atencion. Las pinturas representan varios pasos de la pasion de nuestro sublime Redentor. Tiene este templo 80 metros de largo, sobre 37 de ancho.

Llegariamos á cansar al lector, si le fuésemos citando uno por uno los muchos templos que posee la hermosa ciudad; creémos haber mencionado ya los mejores y mas notables; réstanos decir

que lo que en ellos llamó extraordinariamente nuestra atención fué el respeto y devoción de los fieles: ¡oh, no hablamos en manera alguna con exageración! pero es verdaderamente digno de elogio el modo con que en Francia los católicos asisten á la Iglesia. En toda Europa se va al templo únicamente por alabar á Dios, por cumplir con los deberes de cristiano; pero ¡qué seriedad, qué recogimiento se nota bajo esas bóvedas veneradas! allí no se va, como desgraciadamente sucede entre nosotros, por pasatiempo, por diversion, por ver gente; no, motivos tan frívolos é improbables se dejan en la entrada del santuario. La criatura se penetra del pensamiento saludable, de que va á ponerse en la presencia de su Criador, que le va á rendir en aquellos momentos el tributo debido á esa magestad inmensa. Entra como un siervo á la casa de su Señor, y le ocupa también el pensamiento, de que es hijo y que se halla en la presencia de su padre! Este dulcísimo título, en vez de darle alas, como vulgarmente se dice, para tener una confianza mal entendida, que llega hasta hacerle insultar á ese amoroso padre, no le presta más que amor, ternura, caridad inmensa.

El alma del verdadero católico siempre experimenta movimientos divinos á la entrada de un

templo; pero cuando en él se respira la devoción y el recogimiento, puede elevarse en espíritu, á esa mansion de los bien aventurados, de la cual el templo le ofrece ya una débil idea; ¡oh, es sublime, es bellissimo ese lugar en el que el católico se siente impresionado por la pompa grandiosa del culto, y por el fervor y devoción de los fieles!..... Se enristece el alma y se llena de congoja el corazón, cuando no encuentra el recato debido en el santuario, como se ve frecuentemente en nuestros templos.

Si no se concurre á la Iglesia con el único y exclusivo objeto de alabar á Dios, mas vale no ir á ella; así se evita al menos el desacato, la irreverencia en la casa del Señor. ¡Ojalá, en los templos el cristiano solo en su Dios pensase, no tendrían los protestantes entónces la audacia de echarnos en cara nuestra irreverencia, nuestro mal comportamiento en la casa del Señor, tan distinto por cierto del que ellos tienen; porque preciso es confesar para nuestra confusión que entre los protestantes no se notan los escándalos que por desgracia han acaecido en algunos de nuestros templos. ¡Oh esto es vergonzoso, y quera el cielo permitir, que pronto se destierre todo abuso en el pueblo católico, para que con el

ejemplo, acallemos la murmuración, y nos manifestemos superiores á todos, en el culto.

Concluidos ya los templos, pasemos á hacer una ligera visita á los cementerios de Paris.

Al primero á que nos dirigimos fué al del P.^o Lachaise, cuya fama debe haber llegado ya á vuestros oídos.

En la edad media, el lugar del cementerio actual, entregado al cultivo, se llamaba el Campo del Obispo. Mas tarde, en 1347, un rico paisano de Paris llamado Regnault lo compró, haciendo construir en él una habitacion sumamente suntuosa, que no se le daba otro nombre que el de "*La Locura de Regnault*". Bajo Luis XIV. los Jesuitas recibieron en don esta propiedad, y le pusieron por nombre El Monte Luis, convirtiéndolo en el lugar de su residencia y sociedad. Su superior era entónces (1705). el célebre padre Lachaise, confesor del rey, el cual engrandeció y embelleció mucho este local. Despues de la expulsion de los Jesuitas en 1763, el Monte Luis, cuya venta sirvió para pagar una parte de las deudas de la comunidad, pasó por varias manos, pero sin perder nunca el nombre del padre Lachaise.

En 1804 fué comprado en 160,000 francos

por Frochot, prefecto entónces del Sena, y se trasformó en un cementerio segun un decreto de Napoleon; Brongniart fué encargado de arreglarlo á su nuevo destino.

Los trabajos se hicieron con tal actividad, que á los pocos meses se pudieron trasportar allí los cadáveres de ilustres personajes.

El cementerio del Padre Lachaise tiene un doble destino como todos los otros cementerios de Paris, y es, por decirlo así, el asilo necesario de todo el que fué rico, poderoso y célebre, pues la misma muerte tiene su aristocracia, ó diremos más claramente, quiere separar á los altos personajes, aun en el sepulcro, de la masa comun.

Este cementerio no entristece al verlo, al contrario, visto bien y sin la multitud de sepulcros que lo cubre, se le tomara por un hermoso jardin, donde el placer por doquier se respira, donde el corazon se dilata gratamente: por todos lados se ven árboles frondosos, sitios llenos de hermosas flores, cuya fragancia y aroma embalsama el ambiente é impide que se sienta el mal olor que pudiera desprenderse de los cuerpos que el tiempo descompone. Está cruzado por mil distintas avenidas, cubiertas de roja arena, y cuando se llega á la que lo corona, se descubre repentina-

mente una hermosa y grandiosa perspectiva sobre Paris y sus alrededores.

No se puede dar un paso sin encontrarse con el sepulcro de algun célebre personaje, y los hay muy suntuosos. Allí yacen los hombres más grandes de Francia, desde los infortunados amantes Eloisa y Abelardo, hasta los hombres más notables de la época, se ven allí en una serie no interrumpida de sepulcros.

Algunas obras de primera clase fijan desde luego la atención del hombre de gusto y del artista.

David de Angers ha construido en este lugar multitud de monumentos destinados á perpetuar la memoria de grandes personajes.

Se detiene uno ante el sepulcro de Ludwig Borne, sobre cuya lápida David escribió un elocuente llamamiento á la fraternidad de los pueblos.

No hay tumba, por simple que sea, que no tenga, ó una cruz sobre un pedestal, ó un ángel en actitud de oracion, ó alguna otra escultura alegórica, ó alguna inscripcion. En casi todas se ven flores que las rodean, y coronas fabricadas por los deudos, con las cuales vienen á adornar esas sepulturas para honrar á sus finados, y dedicarles los recuerdos que guardan en sus corazones.

Otra costumbre por cierto muy comun en Pa-

ris, es la de colocar sobre la losa funeraria, ó bien en el barandal que rodea el sepulcro, ó en el centro, el retrato en fotografía iluminada del difunto que se encierra en aquel lugar. A nosotras francamente nos llamó agradablemente la atención esta costumbre, porque así, el que visita un cementerio se interesa mas íntimamente por los restos que en él se encierran.

¡Cuántas veces la dulce figura de una jóven, la tierna é infantil fisonomía de un niño, el respetable y virtuoso semblante de un anciano, cautivan en un instante nuestro cariño, y en ese mismo momento elevamos al cielo por ellos nuestras súplicas. ¿Y á qué se debe esta simpatía por los que ya descansan en la tumba? á la costumbre de colocar sobre la losa funeraria la imágen del que allí descansa.....

Los sepulcros de la aristocracia se hallan formando calles y grupos; algunos se ven aislados y como apartados de la multitud!... la forma de estos mausoleos es generalmente la de una capilla, de mármol blanco ó negro, de fina piedra ó de granito: véanse capillitas de todos los estilos, perfectamente cinceladas en su exterior, y adornadas con estatuas y hermosas lápidas, en el interior reposa el cadáver al pié del altar, una lám-

para de oro, plata, bronce ó cristal pende del techo; en el adorno de estas capillas brilla más ó ménos lujo y suntuosidad. Una reja de fierro guarda su entrada, y la llave se halla siempre en poder de la familia del finado.

Reinan todos los estilos en estos pequeños monumentos, que forman una perspectiva grandiosa; pero las construcciones góticas son las que se marcan con más frecuencia, y con razon á la verdad, porque el aspecto imponente de esta arquitectura presta aún más severidad á la soledad de un sepulcro.

Los otros monumentos no guardan entre sí la misma armonía; hay algunos de gran mérito artístico y de gloriosos recuerdos, y otros magníficos en los cuales reposan los restos de grandes héroes: éstos por lo comun se hallan aislados en lo alto de alguna colina y rodeados de barandales de fierro, enlazados de flores y verdes hojas.

Los monumentos, por lo regular, son de mármol ó piedra, con las formas más artísticas y elegantes, coronados de hermosos grupos y adornados con alegorías y buenos bajo relieves.

Los sepulcros de los pobres, se hallan en una extensa capilla á la entrada del cementerio, y no carecen de adorno y de interés.

Apartado de los otros, y en el seno de un bos-

quecillo de llorones, se halla un sepulcro; no es un grandioso monumento, y sin embargo á él se dirigen todos los pasos: una reja de fierro lo guarda, y á su pié se extiende la siempreviva y la madre selva: el mausoleo es de piedra, representa una gran lápida, y sobre ella se ven juntos dos cáveres: el de un hombre y el de una mujer!.... Al pié de ese sepulcro van todos los amantes á derramar sus lágrimas; grabados en la piedra sepulcral se ven mas de cien nombres; nosotras tambien pusimos allí los nuestros, contemplando conmovidas el sepulcro de aquellos desventurados amantes, que separados en la vida, quisieron estar unidos en la muerte!..... Ya el lector habrá comprendido de quién es aquella sencilla tumba, á la que todo extranjero consagra una visita, de la que todos arrancan una flor en su recuerdo!.... Aquel sepulcro es el de Eloisa y Abelardo, de aquellos desventurados amantes cuya historia es bien conocida!..... Nosotras nos detuvimos algunos instantes, arrancamos algunas flores, y dejamos caer otras sobre su lápida, y en seguida nos apartamos de aquel sitio.

El aspecto que presenta el cementerio en general es bello, arrebatador!.... el conjunto de las verdes colinas, de las frondosas avenidas, en las que se destacan los fúnebres monumentos, la